

La resurrección de Lázaro*

(Jn 11,1-54)

En el vasto contexto del relato joanneo sobre «la grande y definitiva autorrevelación mesiánica de Jesús al mundo» (Jn 7,1-11,54)¹, tras su actividad jerosolimitana durante «la fiesta de la Dedicación» del Templo (Jn 10,22) y antes de «aproximarse la Pascua de los judíos» (Jn 11,55), relata con amplitud inusitada el cuarto evangelista su único signo anastásico de Jesús o la resurrección del difunto Lázaro (Jn 11,1-54):

«Había un cierto enfermo, Lázaro de Betania, aldea de María y su hermana Marta (v.1). María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos: su hermano Lázaro estaba enfermo (v.2). Las hermanas enviaron a decir a Jesús: ‘Señor, aquel a quien amas está enfermo’ (v.3). Al oírlo Jesús dijo: ‘Esta enfermedad no es de muerte sino para la gloria de Dios,

* Además de los *comentarios* (B.F. WESTCOOT, London 1955, 163-75; M.-J. LAGRANGE, Paris 1936, 295-312; R. BULMANN, Göttingen 1964, 300-15; E.C. HOSKYNS, London 1967, 395-407; H. van den BUSSCHE, Bruges 1967, 343-52; R.E. BROWN, I, Garden City 1966, 420-37: trad. españ., I 672-97; R. SCHNACKENBURG, II, Freiburg 1971, 396-433.445-53: trad. españ., II 391-427.440-47; M.-E. BOISMARD-A. LAMOUILLE, Paris 1977, 287-94; C.K., BARRETT, London² 1978, 387-403; E. HAENCHEN, Tübingen 1980, 395-420; S.A. PANIMOLLE, Bologna 1986, 17-44). Cf. los *estudios* de: R. DUNKERLEY, *Lazarus*: NTS 5(1958-59) 321-27; W. WILCKENS, *Die Erweckung des Lazarus*: ThZ 15 (1959) 22-39; W.H. CADMAN, *The raising of Lazarus*: StEv 1(1959) 423-34; CH. H. DODD, *The interpretation of the Fourth Gospel*, Cambridge 1963, 363-68 (trad. español., 363-68); ID., *Historical tradition in the Fourth Gospel*, Cambridge 1963, 228-32 (trad. español., 233-37); J.P. MARTIN, *History and eschatology in the Lazarus narrative*: StTh 17 (1964) 322-43; H. van der LOOS, *The miracles of Jesus*, Leiden 1965, 576-89; G. SASS, *Die Auferstehung des Lazarus*, Neukirchen-Vluyn 1967; R.T. FORTNA, *The Gospel of signs*, Cambridge 1970, 74-87; W.S. STENGER, *Die Auferstehung des Lazarus*: Trier ThZ 83 (1974) 17-37; G. ROCHAIS, *Les récits de resurrections des morts dans le NT*, Cambridge 1981, 113-46; J. KEMER, *Lazarus. Geschichte-einer Aufrstehung*, Stuttgart 1985; R. LATOURELLE, *Miracles de Jésus et théologie du miracle*, Montréal-Paris 1986, 260-69 (bibliogr.).

1. Esa vasta sección joannea refleja una clara *unidad* literaria y temática: Cf. S. SABUGAL, *Christós*, Barcelona 1972, 235-55.

para que el Hijo de Dios sea glorificado mediante ella' (v.4). Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro (v.5). Oyendo pues que estaba enfermo, permaneció aún dos días donde se encontraba (v.6), después de los cuales dijo a los discípulos: 'Vayamos nuevamente a Judea' (v.7). Le dicen los discípulos: 'Rabbi, los judíos te buscan para lapidarte, ¿y vas de nuevo allí?' (v.8). Respondió Jesús: '¿No tiene doce horas el día? Si uno anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo (v.9); pero si alguien camina de noche tropieza, porque la luz no está en él (v.10). Dijo esto y añadió: 'Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarle' (v.11). Le dijeron los discípulos: 'Señor, si duerme se curará' (v.12). Se refería Jesús a su muerte, pero aquéllos pensaban que se refería al descanso del sueño (v.13). Entonces Jesús les dijo abiertamente: 'Lázaro ha muerto (v.14); y me alegro por vosotros de no haber estado allí, *para que* creáis; pero vamos donde él' (v.15). Entonces Tomás —llamado el Mellizo— dijo a los otros discípulos: '¡Vayamos también nosotros a morir con Él!' (v.16). Llegado pues Jesús, le encontró desde hacía cuatro días en el sepulcro (v.17). Betania estaba cerca de Jerusalén, como a unos 15 estadios (v.18); y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María, para consolarlas por su hermano (v.19). Cuando Marta supo que había llegado Jesús, le salió al encuentro, pero María permanecía en casa (v.20). Dijo Marta a Jesús: 'Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano (v.21); pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, te lo dará Dios' (v.22). Le dice Jesús: '¡Resucitará tu hermano!' (v.23). Le dice Marta: 'Sé muy bien que resucitará en la resurrección, (que tendrá lugar) en el último día' (v.24). Le dijo Jesús: 'YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA: EL QUE CREE EN MÍ, AUNQUE MUERA VIVIRÁ (v.25), Y TODO EL QUE VIVE Y CREE EN MÍ NO MORIRÁ JAMÁS. ¿CREES ESTO?' (v. 26). Le dice ella: 'Sí, Señor, yo he creído y creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que viene a este mundo (v.27). Y, tras decir esto, fue y llamó a su hermana María, diciéndole en voz baja: 'El Maestro te llama' (v.28). Aquélla, al oírlo, se levantó rápidamente y fue donde Él (v.29). Todavía no había llegado Jesús a la aldea, sino que estaba aún donde le encontró Marta (v.30). Los judíos que estaban con ella en casa y la consolaban, viendo a María levantarse rápidamente y salir la siguieron, pensando que iba al sepulcro para llorar allí (v.31). Cuando pues María llegó donde estaba Jesús, viéndole cayó a sus pies y le dijo: 'Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano' (v.32). Viéndola llorar Jesús y que también los judíos acompañantes lloraban, se conmovió interiormente y se turbó (v.33); y dijo: '¿dónde lo habéis puesto? Le responden: 'Señor, ven y lo verás' (v.34). Jesús se echó a llorar (v.35). Decían, pues, los judíos: '¡Mirad cómo le amaba!' (v.36). Pero algunos de ellos dijeron: 'Quien abrió los ojos del ciego, ¿no podía hacer que éste no muriese?' (v.37). Entonces Jesús se conmovió interiormente de nuevo, y fue al sepulcro: Era una cueva, sobre la que yacía una piedra (v.38). Dice Jesús: 'Quitad la piedra'. Le responde Marta, la hermana del muerto: '¡Señor, ya huele, pues es el cuarto día!' (v.39). Le dice Jesús: '¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios?' (v.40). Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús elevó los ojos y dijo: '¡Padre, te doy gracias por haberme escuchado (v.41); yo sabía bien que tú siempre me escuchas, pero lo dije a causa de la gente que me rodea, *para que* crean que tú me has enviado!' (v.42). Y, dicho esto, gritó con fuerte voz: '¡LÁZARO, SAL FUERA!' (v.43). Y salió el muerto, atado de pies y manos y

envuelto el rostro en un sudario. Les dice Jesús: 'Desatadle y dejadle andar' (v.44). Muchos de los judíos, que vinieron a casa de María y vieron lo que (Jesús) hizo, creyeron en Él (v.45); pero algunos de ellos fueron donde los fariseos y les contaron lo que hizo Jesús (v.46). Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: '¿Qué hacemos? Pues este hombre hace muchos signos (v.47); si le dejamos así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación' (v.48). Pero uno de ellos —Caifás, que aquel año era el sumo sacerdote— les dijo: '¡Vosotros no sabéis nada (v.49) ni pensáis que os conviene muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación!' (v.50). Pero no dijo esto por su cuenta sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación (v.51); y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a todos los hijos de Dios, que estaban dispersos (v.52). A partir de ese día, decidieron matarle (v.53). Por lo que Jesús no andaba ya públicamente entre los judíos, sino marchó de allí a la región cercana del desierto —a una ciudad llamada Efraín—, y allí residía con sus discípulos (v.54).

La nutrida bibliografía exegética sobre este texto joanneo (Cf *supra*) así como su resonante y siempre renovado eco en la multiseccular historia de la exégesis teológica y catequética², de la liturgia³, de la poesía⁴ y del arte⁵ cristianos, sin olvidar su influjo en la literatura moderna⁶, refleja ya su importancia y, a la vez, la dificultad de su explicación. Lo que no nos exime abordarla. ¡Al contrario! Lo haremos, por lo demás, en un *análisis histórico-tradicional* que, partiendo de la actual redacción joannea, suba hasta la tradición o fuente usada por el evangelista y, finalmente, se remonte al primitivo evento histórico.

1) La redacción joannea

El cuarto Evangelio es una selección de «signos» obrados públicamente por Jesús y redactados por el evangelista, «para» consolidar la fe de su comunidad cristiana en la dignidad mesiánica y filiación divina de Jesús, «a fin de» asegurarle mediante esa fe la ya obtenida «vida» divina⁷. La resurrección de

2. Cf. J. KREMER, *o.c.*, 112-46 (= período patrístico). 162-92 (= período medieval y renacentista). 232-71 (= exégesis moderna).

3. Cf. J. KREMER, *o.c.*, 152-56.192-201.271-89.

4. Cf. J. KREMER, *o.c.*, 146-52.201-18.289ss.

5. Cf. H. LECLERCQ-DACL VIII 2009-37; E. JOSSI: EncCatt VII 996; L. LUCCHESI-PALLI: LThK VI 846s; H. MEURER: LChI III 33-38; G. SANTAGATA: DPAC II 1914s; E. SAUSER, *Das Bild von der Auferweckung des Lazarus in der frühchristlichen und in der ostlichen Kunst: TriesThZ* 90 (1081) 276-88; J. KREMER, *o.c.*, 156-61.218-27.321-24.

6. Cf. L.M. THOMSON, *The multiple uses of Lazarus motif in modern literature: Christian scholars Review* 7 (1977) 306-29; J. KREMER, *o.c.*, 289-321.

7. Jn 20,30-31: Cf. S. SABUGAL, *Christós*, Barcelona 1972, 573-75 (bibliog.); R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, I, 135-38 (trad. españ., 180-83).

Lázaro es uno de esos «signos» salvíficos⁸, redactado sin duda por el evangelista⁹ con la mencionada finalidad cristológica¹⁰ y soteriológica¹¹. ¿En qué sentido?

a) La respuesta a este interrogante sólo puede ser dada tras el análisis literario de la perícopa joannea¹². Digamos de inmediato, que una clara unidad literaria y temática refleja todo ese vasto relato¹³. Así lo muestra ya la *inclusión literaria* de todo él por la mención de «Jesús» en compañía de «los discípulos» y amenazado de ser «apedreado» por «los judíos» o las autoridades judaicas (vv.8-9), retirándose luego «Jesús» de «entre los judíos» a otra ciudad judaica «con sus discípulos» tras decidir aquellas autoridades «matarle» (vv.53-54). Por lo demás el nombre de «Jesús» recorre desde el principio (vv.3-5) hasta el fin (vv.46-51.54) todo el relato joanneo. Literaria y temáticamente *conexionado*, asimismo, por el vocablo «creer» o por el tema de la fe en Jesús. Suscitada en sus discípulos (v.15) y en Marta (vv.25-26.40), en los testigos de su signo anastásico (v.42) y en «muchos de los judíos» presentes (v.45) o quizá en «todos» ellos (v.48), no sin ser aquella paradigmáticamente confesada por Marta (v.27). Estos indicios objetivos aseguran pues la unidad literaria de toda la perícopa, recorrida también por el unitario tema dominante de la fe en Jesús: ¡Sobre esto versa fundamentalmente todo el relato joanneo! Cuya composición interna o estructura literaria no es difícil detectar. Tras la inicial y final mención de «María» (vv. 1.45) y de «los judíos» condolientes (vv.19.31.45-46), sigue el relato sobre la homicida decisión de «los sumos sacerdotes y los fariseos» respecto a «Jesús» y su consiguiente «retiro de allí» o fuga «con sus discípulos» (vv.47-54). Esta *conclusiva perícopa* se desliga pues, literariamente, de todo el previo *relato unitario* (vv.1-46). Dominado éste, efectivamente, por la reiterada finalidad —«para que»— cristológica (vv.4.15.41); y recorrido todo él por la insistente mención tanto de «Lázaro» y sus dos hermanas (vv.1-5...43.45) —no mencionados en la perícopa

8. Jn 11,47; 12,18.

9. Cf. W. WILCKENS *a.c.*, 23-26; W. STENGER, *a.c.*, 19-24; R. SCHNACKENBURG, *o.s.*, 431-33; (trad. españ., 425s); G. ROCHAIS, 114-29; S.A. PANIMOLLE, *o.c.*, 19-36; J. KREMER, *o.c.*, 12-81.

10. Cf. Jn 11,15.42.

11. Cf. Jn 11,4.25-27.

12. Cf. J. KREMER, *o.c.*, 12-50; S.A. PANIMOLLE, *o.c.*, 19-23.

13. Así con R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, 396s (trad. españ., 391s). La mayor parte de los autores, es cierto, concluyen el texto joanneo con el v. 44 (así los *comentarios* de M.-J. Lagrange, R. Bultmann, H. van den Bussche, R.E. Brown y S.A. Panimolle, así como el *estudio* de J.P. Martin), el v. 45 (así los *estudios* de R.T. Fortna, W. Stenger y R. Latourelle) o el v. 46 (así el *comentario* de E.C. Hoskyns y el *estudio* de G. Rochais), alargándolo al v. 57 el comentario de B.F. Westcott: Tal delimitación *no responde* a los *indicios objetivos* de la perícopa joannea (Cf. *infra*).

conclusiva—, como de «Jesús» (Cf *supra*). Quien, por lo demás, si al *recibir la noticia* sobre la «enfermedad» de Lázaro «*permaneció* dos días donde se encontraba» (vv.3-6), después decidió «volver a Judea» con sus discípulos o «*ir*» (vv.11.15) a «despertar» de su mortal sueño al «amigo Lázaro» de *Betania* (vv.7-16). Aquí, en efecto, «*llegó* Jesús» y, tras su *encuentro dialogante* tanto con las hermanas del difunto como con los condolientes de quien «hacia cuatro días» estaba en el sepulcro (vv.17-40), «con fuerte voz» *realizó el signo* anastásico (vv.41-44) que, por cierto, suscitó entre «los judíos» presentes la *reacción* de la fe «en Él» o el tácito rechazo (vv.45-46). Esta estructura o composición refleja, pues, el relato joanneo:

- Introducción* biográfica (vv.1-2)
- El relato* anastasiológico (vv.3-46)
 - La noticia sobre la enfermedad de Lázaro (vv.3-6)
 - Viaje de Jesús a Betania (vv.7-16)
 - Encuentro con las hermanas y condolientes del difunto (vv.17-40)
 - introducción (vv.17-19)
 - diálogo con Marta (vv.20-27)
 - encuentro con María (vv.28-33)
 - diálogo con los condolientes (vv.34-39a)
 - nuevo diálogo con Marta (vv.39a-40)
 - El signo anastásico (vv.41-44)
 - plegaria de Jesús (vv.41-42)
 - resurrección de Lázaro (vv.43-44)
- Conclusivo desenlace* casi trágico (vv.47-54)
 - Decisión homicida de las autoridades judaicas (vv.47-53)
 - Retiro de Jesús «con sus discípulos» (v.54).

Añadamos seguidamente, que esta estructura literaria ¹⁴ traduce asimismo la marcada composición dramática de todo el relato joanneo ¹⁵. Ya en la introducción son presentados tanto *el protagonista* (Jesús) y *el actor principal* (Lázaro) como los otros *dos principales personajes* (María y Marta) del drama, y *el escenario* geográfico (Betania) de la acción dramática. La cual, por lo demás, se desarrolla en un marcado «crescendo» a lo largo de *cuatro actos*, claramente diferenciados tanto por la diversidad del lugar y de la acción del protagonista como por la diversa intervención de los demás actores: 1.º)

14. Cf. S. SABUGAL, *o.c.*, 255. De otro modo los *comentarios* de B. F. WESTCOTT (*o.c.*, 163), E.C. HOSKYNs, (*o.c.*, 397s), R. BULTMANN, (*o.c.*, 301), R. SCHNACKENBURG, (*o.c.*, 397: trad. españ., 392) y S.A. PANIMOLLE (*o.c.*, 21-23), así como el *estudio* de J. KREMER, *o.c.*, 24-28.

15. Un dramatismo subrayado por B.F. WESTCOTT *o.c.*, 163; Cf. también CH.H. DODD, *Historical tradition*, 228 (trad. españ., 233); A. SALAS, *a. c.*, 181.

Notificación de la enfermedad de Lázaro por sus hermanas a Jesús, «donde se encontraba»; 2.º) Su «ida» o viaje con «los discípulos» a Betania; 3.º) Su «llegada» por fin aquí, donde —en cuatro frases o *escenas* cuidadosamente delimitadas encuentra y dialoga tanto con las hermanas del difunto como con «los judíos» condolientes; 4.º) Con el signo anastásico de Jesús culmina la creciente acción dramática, que el conclusivo *desenlace* convierte casi en tragedia. No hay, pues, duda de que el evangelista redactó su relato como *un drama anastasiológico*¹⁶ y, por cierto, bien logrado en el desarrollo de su acción dramática, que desde el principio hasta el fin mantiene en tensión al lector y expectador: el inicialmente «enfermo» Lázaro «duerme» o muere después y, al llegar Jesús donde él, «yacía ya cuatro días en el sepulcro». ¿Sin esperanza de salir de él? Así lo piensan sin duda sus dos hermanas y demás condolientes. Cuyo luto conddivide muy humanamente la «conmoción» profunda y el «llanto» de Jesús, en esa *escena de dolor* ante el sepulcro del «amigo» muerto. Pero pronto el *escenario fúnebre* del drama *se ilumina con la luz* anastásica: Proyectada por quien manda primero «quitar la piedra» y, tras su eucarística plegaria u oración al «Padre», que «siempre le escucha», ordena «con fuerte voz» al difunto «salir fuera». ¡Y obedeció el cuatriduano muerto! Desencadenando el gesto anastásico de Jesús, entre «los judíos» presentes, la reacción fiel de «muchos» e incrédula de «algunos» ¡Fue el inicio del conclusivo *desenlace dramático*, cuyo trágico final soslayó la fuga del Maestro «con sus discípulos»! Con este «happy end» finaliza, pues, el anastasiológico drama joanneo, introduciendo por lo demás al lector y expectador en el gran drama de Jesús: «Estaba cerca la Pascua de los judíos...».

b) Estos previos análisis literarios sobre la unidad, composición y dramatismo del relato joanneo permiten ya su interpretación teológica por el evangelista¹⁷. Predomina, sin duda, en ella el tema cristológico. Así lo muestra la clara y reiterada finalidad —«para que»— cristológica del relato (vv. 4.15.42). Un indicio corroborado por la insistente mención —desde el principio hasta el fin— de «Jesús» (23s); designado asimismo «el Señor» (8s) y «Rabí» o «el Maestro» (vv.8.24) quien se autodesignó por lo demás «el Hijo

16. Nada de extraño, pues, si el relato joanneo inspiró reiteradamente a los dramaturgos: A.N. NIEMEYER, (+ 1828), / *Lazarus oder Feyer der Auferstehung. Ein religiöses Drama für Musik*, Leipzig 1778 (Cf. J. KREMER, o.c., 293-95); M. MAETERLINCK (+ 1949), *Maria Magdalena* (trad. alem.), Jena 1909 (Cf. J. KREMER, o.c., 315s); E. O'NEIL (+ 1953), *Lazarus laughed*, New York 1927 (Cf. J. KREMER, o.c., 299-302); L. PIRANDELLO (+ 1936), *Lazzaro. Come tu mi vuoi* (a. 1929), Verona 1971 (Cf. J. KREMER, o.c., 317s); W.B. YEATS (+ 1939), *Calvary: «The collected plays»*, London 1952, 448-57 (Cf. J. KREMER, o.c., 307).

17. Cf. W. WILCKENS, a.c., 29-33; W. STENGER, a.c., 28-37; G. ROCHAIS, o.c., 137-46; S.A. PANIMOLLE, o.c., 33-36; J. KREMER, o.c., 36-38.

de Dios» (v.4) así como «la resurrección y la vida» (v.25) personificadas, siendo confesado por Marta como «el Mesías, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo» (v.27). Aquella finalidad cristológica así como esta diversidad de nombres y títulos cristológicos muestran que el interés del evangelista *se centra* no en Lázaro sino en Jesús¹⁸. ¿Quién es éste? El protagonista del drama joanneo es precisamente «Jesús»: la profundamente *humana figura* del «Maestro» que, cual un orante, «pide a Dios» (v.22) y luego le «agradece por haberle escuchado», como «hizo siempre» (vv.41-42) con quien, por lo demás, abriga el afecto humano de «amar» al «amigo» Lázaro y a sus dos hermanas (vv.3.5.11.36); por lo que «se conmueve» e incluso «llora» ante el dolor de aquéllas (vv.33.35.38) Jesús o «este hombre» (v. 48), que solayó el homicida intento de las autoridades judaicas «retirándose de allí... con sus discípulos» (v.54). Pero el hombre Jesús está revestido de la *dignidad mesiánica* propia de quien fue confesado por Marta como «el Mesías» y «el que ha de venir al mundo» (v.27): el mesiánico Salvador, esperado por el judaísmo como nuevo Moisés o «el profeta que ha de venir al mundo»¹⁹. Un mesianismo de Jesús, sin embargo, complementado por la *dignidad sobrehumana* correspondiente al «Señor» resucitado²⁰ así como a la natural filiación divina del auto-designado y por Marta confesado «Hijo de Dios», su propio «Padre» (vv.4.27.41), quien lo «envió» al mundo —a que vino en calidad de «Logos» encarnado²¹— como «don» de su amor salvador y con quien es «uno» o vive en la unidad de mutua inmanencia existencial²²: ¡De ser y de obrar! Precisamente por esto «el Hijo vivifica» o tiene el mismo poder que «el Padre» de «resucitar a los muertos» (Jn 5,21), personificando por ello el don escatológico de «la resurrección» corporal «y la vida» espiritual (vv.25-26²³ quien —Jesús— resucitó al que «yacía ya cuatro días» sepultado (vv.17.39) o irremediabilmente muerto²⁴ con el solo imperio de su «fuerte voz» (v.43): ¡*Con poder señorial y divino!* El «hombre» Jesús es, pues, no sólo el mesiánico Salvador del mundo, sino también el natural «Hijo de Dios» así como «el Señor»

18. Así con J. KREMER, *o.c.*, 36.

19. Jn 10,24; 6,14: Cf. S. SABUGAL, *o.c.*, 350.

20. Ese significado envuelve sin duda el nombre «Señor», al *nivel redaccional* del evangelista: Cf. Jn 20,28; 21,7.12.

21. Jn 11,27.42; 1,9.11.

22. Jn 3,16-17; 10,30.38: Cf. S. SABUGAL, *o.c.*, 341-46.

23. Cf. S. SABUGAL, *o.c.*, 341-46.

24. Según la thanatología judaica, el alma del difunto permanecía junto al cuerpo *durante tres días*, pasados los cuales —¡al «cuarto día!»— cesaba toda esperanza de resucitar (Cf. STR.-BILL., II 544s). Esta tardía tradición judaica (s. III d.C.) es probablemente precristiana (Lc 24,21): Cf. G. DALMAN, *Jesus-Jeschua*, Leipzig 1922 (repr. Darmstadt 1967), 170.197s; C.K. BARRETT, *o.c.*, 401.

de la muerte y de la vida. Nada de extraño, pues, si el evangelista redactó ante todo su relato sobre ese «signo» anastásico ²⁵, «para que el Hijo de Dios sea glorificado» por el Padre o por él revelado salvíficamente poderoso, manifestando aquél mediante ese signo «la gloria de Dios» o su poder salvador, que Marta «verá si cree» (vv.4.40). La resurrección de Lázaro tiene, pues, la finalidad primordial de «significar» o manifestar la *potencia salvadora* del Padre sobre la muerte y, a la vez, la glorificación del Hijo o la revelación de su *salvífico poder* ²⁶ anastásico: el de «vivificar a los» difuntos «como el Padre resucita a los muertos» (Jn 5,21). De modo que «la hora» o el momento escatológico de oír «todos» aquéllos «la voz» del Hijo y salir «de sus sepulcros» *se anticipó* con la resurrección de Lázaro o su «salida» del sepulcro al imperio de la «fuerte voz» anastásica de Jesús ²⁷, *iniciándose* asimismo entonces «la glorificación de Hijo» por el Padre (v.4) o su revelación como poderoso Salvador de la muerte, que culminará ya en «la hora» de su gloriosa crucifixión o victoria sobre «el príncipe de este mundo» ²⁸ y, definitivamente, en su resurrección o triunfante salvación de la muerte ²⁹. El cuarto evangelista interpretó por tanto la resurrección de Lázaro como *el* «signo» anastásico de Jesús, mediante el que *manifestó* la salvadora potencia de Dios sobre la muerte y *anticipó* tanto la «glorificación» pascual del Hijo por el Padre como la escatológica resurrección de los muertos. Una interpretación, por lo demás, al servicio de la finalidad evangelizadora o kerygmática, que recorre todo el relato ³⁰. El evangelista lo redactó efectivamente, «para que» tanto los discípulos como los demás testigos del signo anastásico «crean» (¡aoristo!) en Jesús como filial enviado mesiánico del Padre (vv. 15.42). La mencionada interpretación cristológica del prodigio tiende, pues, a *suscitar la fe* en la dignidad mesiánica y filia-

25. Jn 11,47; 12,18.

26. Eso significa, en este contexto joanneo, «la gloria de Dios» (Jn 11,4.40) y «glorificar» (Jn 11,4; Cf. 7,39; 12,16.23.28; 13,31s; 17,1.4), en la línea de su respectivo y no infrecuente significado veterotestamentario: Ya en la historia de Israel Dios «se glorificó» o manifestó «su gloria» en las *gestas salvíficas* del éxodo (Cf. Ex 14,4; 15,1-2.7.11) y nuevo éxodo (Cf. Ez 39,21-29; Is 40,5LXX; 46,13) liberador (Cf. C. WESTERMANN, *Kabôd*: DTMAT I 1089-1113: 1105), caracterizando «la gloria de Dios» en los LXX «el *poder salvador* de su presencia»: L.H. BROCKINGTON, *The Septuaginta background to the New Testament use of «dôxa»*: «Studies in the Gospels» (essays to R.H. Lightfoot), Oxford 1955, 1-8: 3; Cf. también ID., *The Greek Translator of Isaiah and his interest in «dôxa»*: VT 1(1951) 23-32: 30ss.

27. Jn 5,28-29; 11,43-44. Sobre la «escatología realizada» en Jn, Cf. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, I 140s (trad. españ., 186s); R.E. BROWN, *o.c.*, I CXVIs (trad. españ., 135s); C.K. BARRETT, *o.c.*, 67s.

28. Cf. Jn 12,23.28.31-32; 13,31-32a.

29. Cf. Jn 39; 12,16; 13,32b; 17,1.5.

30. Sobre la *tendencia misionera* de Jn, Cfr. R.E. BROWN, *o.c.*, I LXXIV (trad. españ., 83s); E. COTHENET, *El cuarto Evangelio*: «Introducción a la Biblia», III, Barcelona 1983, 201-377: 266s.

ción divina de Jesús (vv.27.42) así como en su divino poder anastásico (vv.26-27.40), paradigmáticamente confesada por la sólida fe (¡perfecto!) de Marta (v.27) y sólo *suscitada* en «muchos de los judíos» presentes o de quienes, efectivamente, «viendo lo que había hecho» Jesús «creyeron en él» (v.45). Es, pues, clara la *intencionalidad misionera* del redactor evangélico. Lo que no contradice y sí confirma la finalidad fundamental de *consolidar* la fe de su comunidad cristiana (Jn 29,31)³¹, representada por la paradigmática confesión cristológica de Marta (v.27): ¡Esa fe sólida y plena confesión cristológica es la *meta* y el *modelo*, propuesto por el evangelista a los que inicialmente «creyeron en» Jesús! El relato joanneo, dramáticamente compuesto por su autor (Cf *supra*) y recorrido por el unitario tema de la fe (Cf *supra*), es, pues, *el drama de la fe* en la dignidad mesiánica y filiación divina de Jesús así como en su divino señorío sobre la muerte. Un drama, cuyo final desenlace (Cf *supra*) inició con la reacción *creyente* de «muchos de los judíos» presentes (v.45), a la que sin embargo se contrapuso —«pero»— el tácito *rechazo* de «algunos» otros (v.46) así como la *homicida decisión* de «los sumos sacerdotes y los fariseos» sobre Jesús (vv.47-53), por temor de que «todos *creyeran* en él» (v.48). Ese desenlace muestra, que la intencionalidad misionera del evangelista con el judaísmo de su tiempo fue coronada con el éxito y al fracaso. Lo que no debió sorprenderle: Él sabía muy bien que la fe en el mesiánico enviado de Dios no es humana consecuencia necesaria del kérigma sino gratuito don divino, pues «nadie» cree en Jesús o «viene a» él, «si el Padre no le atrae» (Jn 6,44). Añadamos seguidamente, que la finalidad evangelizadora del relato joanneo se complementa con la tácita pero marcada *polémica* anti-judaica y anti-doceta. En efecto, la evidente *contraposición* entre la escatológica esperanza judaica de Marta sobre la resurrección de su hermano «en el último día» (v.24) y la presencionalizadora autodesignación de Jesús como «la resurrección y la vida» (vv.25-26) refleja probablemente esa polémica anti-judaica, detectable también en la *contrapuesta* reacción final de «los judíos» (vv.45-46)³². Asimismo, el marcado aspecto *humano* del Jesús joanneo (Cf *supra*) así como la *subrayada realidad* tanto de la muerte como de la resurrección de Lázaro o del «cuatrídiano» muerto (vv.17.39) y luego salido del sepulcro «atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario» (v.44) son claros indicios de la polémica anti-doceta, reflejada en otros textos del cuarto Evangelio³³.

31. Cf. *supra*, n. 7.

32. Sobre la *polémica antijudaica* del cuarto evangelista, Cf.: R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, I 108-10.146-48 (trad. españ., 154-55.192-94); R.E. BROWN, *o.c.*, I LXX-LXXV (trad. españ., 78-85); S. SABUGAL, *o.c.*, 234-362 *passim!*. 417.

33. Así con W. WILCKENS *a.c.*, 30. Sobre la *polémica anti-doceta* de Jn, Cf.: J. KREMER, *o.c.*, I 151-53 (trad. españ., 197-99); R.E. BROWN, *o.c.*, I LXXVs (trad. españ., 86s); S. SABUGAL, *o.c.*, 186.417; E. COTHÉNET, *e.c.*, 269s.

Su redactor final interpretó, pues, la resurrección de Lázaro como el «signo» anastásico de Jesús, *confirmador* de su dignidad mesiánica y filiación divina, *corroborador* de su divino señorío sobre la muerte y *preanunciador* tanto de su glorificación pascual como de la escatológica resurrección de los muertos; todo ello al servicio de una clara *finalidad evangelizadora* y animado por la táctica *polémica* con el judaísmo y el docetismo de su tiempo. Por lo demás, esa interpretación joannea alecciona ciertamente al cristiano de ayer y de hoy: No sólo enseñando que la *fe perfecta* de todo creyente en Jesucristo consiste en reconocerle como «hombre» y confesar tanto su dignidad mesiánica y natural filiación divina como su señorío sobre toda realidad de muerte; también, y sobre todo, mostrando que la evangelización de todo genuino apóstol de la Iglesia debe *centrarse* o tener como insustituible centro focal el valiente anuncio del mesiánico Salvador del mundo y poderoso Señor de los muertos ³⁴: ¡De toda clase de muertos! Pues la resurrección del «cuatridiano» muerto Lázaro por el Señor es y será un signo esperanzador para todos los espiritualmente «muertos del cuarto día» o sin esperanza humana de «resucitar» a la verdadera «Vida» y ver «la Luz verdadera»: La manifestación del gratuito «amor de Dios», personificado en su Hijo encarnado y por él revelado «al mundo» de los hombres ³⁵, para que, viéndolo o experimentándolo en la propia historia, realmente vean y amen y vivan.

2) La tradición prejoannea

El relato sobre la resurrección de Lázaro no es creación literaria del cuarto evangelista. Éste lo redactó, más bien, elaborando y ampliando una tradición o fuente con elementos literarios característicos de su vocabulario y estilo, eliminados los cuales queda un sustrato no atribuible a su redacción evangélica.

a) Así lo ha mostrado el análisis literario del texto joanneo realizado por varios exégetas ³⁶, siendo particularmente objetivo el de R.T. Fortna y R. Schnackenburg ³⁷. Hacemos, pues, nuestros los desarrollos de estos dos auto-

34. Así lo subrayó recientemente el supremo Magisterio de la Iglesia: Cf. PABLO VI, Exh. apost. *Evangelii nuntiandi*, III 27.

35. Jn 1,7-4,8.16; Jn 8,12; 3,16.

36. Cf. W. WILCKENS, *a.c.*, 26-29; W. STENGER, *a.c.*, 24-28; G. ROCHAIS, *o.c.*, 114-23; J. KREMER, *o.c.*, 83-90; Cf. también R. LATOURELLE, *o.c.*, 265s. Que el relato joanneo se remonta a una *tradición antigua* lo reconocen también: CH.H. DODD, *Historical tradition*, 232 (trad. españ., 237); R.E. BROWN, *o.c.*, 429s; (trad. españ., 683s); C.K. BARRETT, *o.c.*, E. 385; HAENCHEN, *Das Johannesevangelium*, Tübingen 1980, 414s; S.A. PANIMOLLE, *o.c.*, 24-43.

37. Cf. R.T. FORTNA, *o.c.*, 75-86; R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, II 398-401 (trad. españ., 393-96).

res. Con algunas excepciones. Disentimos de ellos, en efecto, en la atribución del v.11 a la redacción del evangelista ³⁸: los eufemismos «sueño» (= muerte) y «despertar» (= resucitar) no son joanneos y sí son frecuentes en los *pre-evangélicos* escritos neotestamentarios ³⁹. No es objetivo, asimismo, atribuir todo el diálogo de Jesús con Marta (vv.21-27) a la redacción joannea ⁴⁰. Los vv.21.23-24.26b no reflejan características joanneas y sí contienen tradiciones pre-redaccionales: si el lamento de Marta (v.21) es natural en quien había experimentado la «dilección» de Jesús a su hermano (v.3) y creía en su reiteradamente demostrado poder taumatúrgico, su convicción de que aquél «resucitará en... el último día» (v.24) refleja la fe anastásica del judaísmo antiguo ⁴¹; pre-joannea es por ello la afirmación de Jesús sobre la inmediatamente futura resurrección de Lázaro (v.23), no relegada a la escatológica «resurrección para la vida» (Jn 5,29); finalmente, la interrogativa exhortación de Jesús a «creer» (v.26b) antes del prodigio es del todo rara en Jn (Cf 4,48), pero casi constante en la semiología de los Sinópticos ⁴². Siguiendo, pues, a los dos mencionados autores, con las indicadas excepciones, éste sería el texto de la tradición usada por el cuarto evangelista:

«Había un enfermo, Lázaro de Betania, la aldea de María y Marta su hermana (v.1). Éstas enviaron a decir a Jesús: ‘Señor, quien amas está enfermo’ (v.3). Oído lo cual, Jesús (v.4) dijo a sus discípulos: (v.7): ‘Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo’ (v.11). Llegado Jesús, le encontró hacía ya cuatro días en el sepulcro (v.17). Betania estaba cerca de Jerusalén, como a unos 15 estadios (v.18); Muchos (de los jerosolimitanos) habían venido a casa de Marta y María, para consolarlas por su hermano (v.19). Habiendo oído Marta que Jesús había llegado, fue a su encuentro, mientras María permanecía en casa (v.20). Y le dijo: ‘Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano (v.21). Le dice Jesús: ‘¡Tu hermano resucitará’ (v.23), ¿crees esto? (v.26b). Le respondió Marta: ‘Ya sé que resucitará en la resurrección del último día’ (v.24). Y dicho esto fue y llamó a su hermana María, diciéndole: ‘El Maestro está aquí y te llama’ (v.28). María fue a donde estaba Jesús y, viéndole, cayó a sus pies (v.32). Jesús, viéndola llorar, se conmovió interiormente y se turbó (v.33); y dijo: ‘¿Dónde le habéis puesto? Le dicen: ‘Señor, ven y ve’ (v.34). Jesús llegó al sepulcro: Era una cueva, sobre la que yacía una piedra (v.38). Dice Jesús: ‘¡Quitad la piedra!’ (v.39). Jesús levantó los ojos (v.41) y, con voz fuerte gritó: ‘¡LÁZARO, SAL FUERA!’ (v.43). Salió el muerto atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Les dice Jesús: ‘Desatadle y dejadle andar’ (v.44). Y los que habían venido a casa de María, viendo lo que hizo (Jesús), creyeron en Él (v.45).

38. R.T. FORTNA, *o.c.*, 79 (= v. 11b); R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, 399 (trad. españ., 394).

39. 1 Tes 4,13-15; 5,10; 1 Cor 7,39; 11,30; 15,6.18.20.51; Act 7,60.

40. R.T. FORTNA, *o.c.*, 81; J. SCHNACKENBURG, *o.c.*, 400 (trad. españ., 395).

41. Cf. STR-BILL, I 893-95; IV 1167-98.

42. Mc 5,36 par; 9,23s; Mt 9,28; Cf. Mc 5,5-6a (= Mt 13,58); Mt 12,28-32 = Lc 11,29 etc.

La tradición pre-redaccional contiene, pues, los datos sustanciales del relato joanneo: Las hermanas de Lázaro notifican a Jesús la enfermedad de su amigo; tras lo cual decidió el Maestro ir a «despertar» a quien ya «dormía» o había muerto y, a su llegada, le encontró sepultado «hacia ya cuatro días» o irremediablemente muerto. ¿Se comprende el lamento y delicado reproche de Marta! Quien, a la promesa de Jesús sobre la *cierta resurrección inmediata* de su difunto hermano y su exhortación a «creer» en ello, respondió sólo con su fe judaica en la resurrección escatológica de aquél, yendo seguidamente a notificar a su hermana María la presencia del Maestro. «Conmovido profundamente» Jesús por el llanto de aquélla, fue al sepulcro; y, tras ordenar «quitar la piedra», mandó «con voz fuerte» a «Lázaro salir fuera» de aquél, preceptuando seguidamente a los presentes «desatarle» de sus «vendás» fúnebres y «dejarle andar». Con propio poder señorial realizó así Jesús ese prodigio anastásico, «visto» el cual los condolientes del difunto «creyeron en Él».

b) ¿Cómo fue interpretada esa tradición anastasiológica por la primitiva comunidad cristiana? La no fácil respuesta a este interrogante debe ser dada, desde luego, a raíz de indicios objetivos del texto tradicional. Varios de éstos, precisamente, muestran que aquella tradición debió ser un *kérygma evangelizador* o anuncio sobre el poder anastásico del «Señor» sobre la muerte: La reacción de los que, «viendo» aquel prodigio, «creyeron (= epísteusan) en» Jesús (v.45) es del todo similar a la de quienes, «oyendo» el kérigma de los predicadores cristianos sobre Jesús resucitado o el Señor, «creyeron» (= epísteusan) en él⁴³. Aquella tradición estaba, pues, al servicio de la misión para con los de afuera. En el interior de la comunidad cristiana, sin embargo, la tradición pre-joanea debió ser ante todo una *catequesis bautismal*: El «dormido» o muerto, Lázaro, resucitado por Jesús y «salido» del sepulcro o de su oscuridad a la luz, fue probablemente paradigma de quienes «duermen» el sueño de la muerte espiritual y son exhortados a «despertarse» o «resucitar de entre los muertos», para ser «iluminados» por «Cristo»⁴⁴. Por lo demás, que al resucitado pero aún «ligado» Lázaro mande Jesús «desatarle» (= lýsete) de sus «vendás» fúnebres y así «dejarle andar» (v.44), refleja probablemente la *praxis penitencial* de la Iglesia primitiva: su potestad de «desatar»

43. Act 4,4; 13,48; 17,12; 18,8.

44. Ef 5,14. A ese nivel *tradicional* es, pues, objetiva la interpretación *bautismal* del relato joanneo en la edad patristica (san Ireneo, Seudo-Hipólito, san Cirilo J.): Cf. E. DASSMANN, *Sündenvergebung durch Taufe, Busse und Märtyrerfürbitte in den Zeugnissen frühchristlicher Frömmigkeit und Kunst* (MBTh 36). München 1973, 285s; B. FISCHER, *Der patristische Hintergrund der drei grossen johanneischen Taufperikopen....*: «I simboli dell'iniziazione cristiana» (StAns 87), Roma 1983, 61-79: 75s; J. KREMER, *o.c.*, 155s.

(= lýtete) moralmente o de «perdonar los pecados»⁴⁵, otorgada «a los hombres» o a sus discípulos por quien «se manifestó para destruir (= lýtse) las obras del diablo» o desligar de él a «quien peca» y «nos rescató (= lýtanti) de nuestros pecados con su sangre»⁴⁶. En todo caso, aquella orden de Jesús refleja ciertamente la *pastoral post-bautismal* de la primitiva Iglesia con los neófitos: los bautismalmente resucitados necesitan aún ser «desligados» de muchas «ataduras» o ser liberados de muchas esclavitudes, pues «para ser libres nos libertó Cristo» a quienes «hemos sido *llamados a la libertad*»⁴⁷ existencial de los hijos de Dios, «si vivimos según el Espíritu» liberador de Cristo⁴⁸ y, por él guiados, no recaemos en «la esclavitud» antigua⁴⁹.

3) *El evento histórico*

La historicidad sustancial del relato joanneo sobre la resurrección de Lázaro fue y es, en la exégesis moderna, objeto de contraste y signo de contradicción: a quienes la rechazan⁵⁰ se contraponen los decididos y, actualmente, prudentes defensores de aquélla⁵¹. Condividimos esta posición. La detectada tradición joannea, en efecto, no puede ser creación literaria de la comunidad post-pascual y sí refleja indicios objetivos de remontarse a un evento anastásico del Jesús histórico:

a) Del todo instructivo, a este respecto, es ya la sorprendente ausencia o casi total falta de características post-pascuales en aquella tradición. Ésta, en efecto, *no refleja* el marcado influjo de los relatos sobre las resurrecciones realizadas por Elías y Eliseo en algunas anastasiológicas narraciones

45. Mt 18,18; Jn 20,22s. La *afinidad literaria y doctrinal* entre ambos textos es innegable: Cf. S. SABUGAL, *Abbá. La Oración del Señor*, Madrid 1985, 643; ID., *Pecado y reconciliación en el mensaje de Jesús*, Palermo 1985, 104s.

46. Mt 9,7; 1Jn 3,8; Apoc 1,5. A este nivel *tradicional* es, pues, objetiva la interpretación *sacramentario-penitencial* de Jn 11,44 por muchos Padres de la Iglesia (san Ireneo, san Clemente A., Orígenes, san Ambrosio, san Agustín...) y varios teólogos posteriores (B.F. Alcuino, Sto. Tomás A., san Buenaventura, J. Maldonado...): Cf. E. DASSMANN, *o.c.*, 286-88 (= Orígenes); J. KREMER, *o.c.*, 115-34.164 (= Padres). 167.173-76.187-88.229 (= teólogos posteriores).

47. Gal 5,1a.13a.

48. Gal 5,16; Rm 8,2.4.13; 2 Cor 3,17.

49. Gal 5,1b; Cf. Rm 6,12.16.

50. A los autores citados por J. KREMER, *o.c.*, 232-50) se suman: A. SALAS, *o.c.*, 109s; G. ROCHAIS, *o.c.*, 133s; J. KREMER, *o.c.*, 107s (escéptico).

51. A los autores protestantes (B.F. Westcott, B. Weiss, Th. Zahn) y católicos (J. Knabenbauer, F.X. Pözl, Th. Innitzer, F. Tillmann, M.-J. Lagrange) citados por J. KREMER, (*o.c.*, 250-55) se suman: H. van den BUSSCHE, *o.c.*, 343s; R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, II 433 (trad. españ., 426s); C.K. BARRETT, *o.c.*, 3885s; S.A. PANIMOLLE, *o.c.*, 43; sobre todo R. LATOURELLE, *o.c.*, 265-68.

neotestamentarias ⁵². Más sorprendente aún es la *ausencia de títulos cristológicos*, característicos de la fe cristiana: Jesús es designado sólo honoríficamente como «Señor» o su equivalente «Maestro», título éste ausente de los neotestamentarios escritos extraevangélicos. Por eso María «cae a los pies» de Jesús, *sin* tributarle la «adoración» cristiana ⁵³, de ahí que los condolientes «creyeron en» Jesús y no «en el Señor», como lo hicieron «muchos» tras la resurrección de Tabitá por Pedro ⁵⁴. Se comprende, pues, que en el interrogante exhortativo de Jesús («¿crees esto?») a Marta, no se especifique —contra la praxis post-pascual— el objeto personal de la fe ni sus efectos ⁵⁵; en la tradición joannea el objeto de esa fe es evidentemente la *inmediata* resurrección de Lázaro y no —como en la anastasiología post-pascual— la resurrección escatológica ⁵⁶: ¡Aquel interrogante anastasiológico *es único* en todos los escritos neotestamentarios! Por lo demás, *los «discípulos»* de Jesús son mencionados sólo al principio y totalmente silenciados después: Ese desinterés por ellos no es ciertamente postpascual. *Tampoco* el enigmático eufemismo de Jesús —«nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo»— es producto de la tradición cristiana, la cual «no inventó los enigmas del Maestro y sí los explicó ⁵⁷. ¿Es acaso la resurrección de Lázaro *al «cuarto día»* una invención de la comunidad postpascual o una proyección de su fe en la resurrección de Cristo «al tercer día»? ⁵⁸. ¡El anastásico «día cuarto» es ignorado por los escritos neotestamentarios! En cuyos relatos anastasiológicos, por lo demás, sus protagonistas «oran» previamente a Dios o «se echan sobre» el difunto ⁵⁹: Nada de eso hace Jesús, resucitando a Lázaro sólo al imperio de su «fuerte voz». Se impone, pues, la conclusión: *Una tradición como ésta, desprovista de características cristianas, no pudo ser invención de la comunidad o producto de su fe pascual. ¡Es anterior a Pascua y se enraiza en el mesiánico ministerio de Jesús en Judea!*

b) Así lo sugiere, por cierto, el indiscutible trasfondo palestinese de la tradición joannea. Lo es ya el escenario geográfico del prodigio: «*Betania*» o la aldea judaica «cerca de Jerusalén» y distante de ella sólo «unos quince estadios (= 2.800 m) está bien atestiguada como habitual residencia de Jesús du-

52. G. ROCHAIS, *o.c.*, 5-14.

53. Cf. Mt 9,18; 14,33; 28,9-17; Lc 24,52 (var.).

54. Act 9,42.

55. Cf. Act 8,37; 9,42; 16,31 etc.

56. 1Tes 4,14; Cf. 1Cor 15,11-23.

57. J. JEREMIAS, *Neutestamentliche Theologie*, Gütersloh 1971, 40 (trad. españ., Salamanca 1974, 45).

58. 1Cor 15,4; Act 10,40.

59. Jn 11,41-42; Act 9,40; 20,10.

rante su actividad jerosolimitana ⁶⁰, siendo por tanto «perfectamente plausible» esa localización geográfica del prodigio por la tradición cristiana ⁶¹. También es históricamente plausible que «*el sepulcro*» de Lázaro fuera «una cueva» cubierta por «una piedra»: Tales cuevas verticales «eran más frecuentes para enterramientos privados que las cuevas excavadas horizontalmente» ⁶² y, por lo demás, la autenticidad del actual sepulcro de Lázaro ha sido confirmada por las excavaciones arqueológicas ⁶³. Históricamente fidedignos son *los nombres* de Lázaro, Marta y María: No es casual que estos tres nombres hayan aparecido juntos sobre osarios de una tumba (s. I d.C.) cercana de Jerusalén ⁶⁴; y si «Lázaro» —abreviación del hebreo Eleazar— era entonces «un nombre muy común», la historicidad del nombre hebreo y arameo de sus dos hermanas está asegurada por la paralela tradición lucana (Lc 10,38-42) sobre ellas ⁶⁵. La presencia de *condolientes* en casa de las hermanas del difunto responde ciertamente «al alto aprecio que, en la Sinagoga antigua, tuvo la consolación de tales afligidos» ⁶⁶. También la fe de Marta en la *resurrección escatológica* refleja con fidelidad la condividida por gran parte del judaísmo palestinese, pudiendo por tanto aquélla «entenderse en el sentido que lo hacía la fe de los judíos en la resurrección» ⁶⁷. No hay duda: *La tradición joannea sobre ese prodigio anastásico tiene un marcado colorido palestinese, pudiendo remontarse por tanto al ministerio de Jesús en Judea.*

c) Con su ministerio sintonizan efectivamente los datos fundamentales de aquella tradición cristiana. La *amistad* de Jesús con Lázaro y sus hermanas así como su habitual *alojamiento en Betania* «puede ser un auténtico recuerdo histórico» ⁶⁸. Lo es, ciertamente, su designación como «Señor» y «Maestro»: así fue designado frecuentemente el Jesús histórico ⁶⁹. Cuya *humana* «*conmo-*

60. Mc 11,11 (Mt 21,17); 14,3 = Mt 26,3.

61. R.E. BROWN, *o.c.*, 422 (trad. españ., 674); Cf. M.-J. LAGRANGE, *o.c.*, 295s. Sobre Betania, Cf. G. DALMAU, *Orte und Wege Jesu*, Gütersloh ⁴1924 (repr, Darmstadt 1967), 265-268; V. POLENTINOS, *Betania: EncBibli I 1166-68* (bibliogr.); C. KOPP, *Die heiligen Stätten der Evangelien*, Regensburg ²1964, 332-38; J. FINEGAN, *The archeology of the New Testament*, Princeton (N.J.) 1969, 91-95.

62. R.E. BROWN, *o.c.*, 426 (trad. españ., 679); Cf. M.-J. LAGRANGE, *o.c.*, 306; STR = BILL., IV 1049s.

63. Cf. C. KOPP, *o.c.*, 334s; J. FINEGAN, *o.c.*, 92s.

64. Cf. R. E. BROWN, *o.c.*, 431 (trad. españ., 685).

65. Cf. M.-J. LAGRANGE, *o.c.*, 294; R.E. BROWN, *o.c.*, 422.433 (trad. españ., 674.688); A. SCHLATTER, *Der Evangelist Johannes*, Stuttgar ²1960, 246; C.K. BARRETT, *o.c.*, 398s.

66. STR.-BILL., IV 592. Subrayado por: R.E. BROWN, *o.c.*, 424 (trad. españ., 677); R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, 412s (trad. españ., 407).

67. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, 414 (trad. españ., 408); Cf. *supra*, 00s.

68. R.E. BROWN, *o.c.*, (trad. españ., 685).

69. Cf. G. DALMAN, *Die Worte Jesu*, 269-71.276-78; R.H. FULLER, *The foundations of New Testament christology*, London 1965, 155-57 (trad. españ., 163-65); F. HAHN, *Christologische Hoheitstitel* (FRLANT 83), Göttingen ³1966, 76-91.95.

ción» ante el llanto de María es del todo natural en quien solía «conmoverse» por los enfermos y necesitados ⁷⁰. También el *enigma* eufemístico sobre el mortal «sueño» de Lázaro y su «despertamiento» caracteriza al lenguaje de Jesús ⁷¹. Con cuyo mensaje sobre la *presencialidad* escatológica del reinado de Dios —incluido su señorío sobre la muerte— se armoniza ciertamente su anuncio sobre la inmediata resurrección —«¡resucitará tu hermano!»— de Lázaro y la realización de ésta ⁷². Por lo demás, si los reiterados *imperativos* de Jesús —«quítala piedra!», «¡sal fuera!»— son característicos de su imperioso y exigente modo de hablar ⁷³, la realización del prodigio anastásico sin orar previamente a Dios y sólo con el *señorial imperio* de su «fuerte voz» sintoniza con la potestad divina que tanto en su enseñanza como en sus milagros y, particularmente, en sus otros signos anastásicos frecuentemente se arrogó ⁷⁴. Del todo normal es asimismo la *reacción fiel* de quienes, a raíz del prodigio, «creyeron en él»: Tal reacción es casi una constante en los relatos evangélicos sobre los milagros de Jesús ⁷⁵ y, por tanto, históricamente fidedigna. La prejoannea tradición cristiana palestinese, cuyos detalles geográficos y biográficos reflejan por lo demás «la impresión de un *testigo ocular*» del evento ⁷⁶, es, pues, *sustancialmente histórica*: ¡Ponerlo en duda o negarlo abiertamente significa ignorar o pasar por alto los mencionados indicios objetivos y, por ello, es una conclusión científicamente inválida! Los precedentes desarrollos muestran, en efecto, que *aquella tradición reproduce con fidelidad el evento histórico del signo anastásico realizado por Jesús con el «cuatridiano» difunto Lázaro, siendo por tanto un excepcional testimonio fidedigno de su señorío divino sobre los irremediabilmente muertos. Un señorío, añadámoslo, que vigoriza nuestra fe y alienta nuestra esperanza: si aquélla se apoya no sólo en «el Señor» postpascual o en el Resucitado «de entre los muertos» sino también en el histórico Jesús compasivo con los sufrientes y vencedor de la muerte, este triunfo mantiene viva la esperanza de los creyentes en quien mostró detener el dominio sobre toda situación de sepulcro y sobre toda realidad de muerte.*

S. SABUGAL, o.s.a.

70. Cf. Mc 1,41; 8,2 pas; Mt 14,14; 20,34.

71. Cf. J. JEREMIAS, *o.c.*, 39s (trad. españ., 45s).

72. Cf. S. SABUGAL, *La embajada mesiánica de Juan Bautista*, Madrid 1980, 153-54 (n. 80). 188 (bibligr.); Id., *Abbá*, 508s (bibligr.).

73. Cf. H. SCHÜRMANN, *Die Sprache des Christus*: BZ 2(1958) 54-84: 80-82.

74. Cf. S. SABUGAL, *La embajada*, 154-55.178 (bibligr.).

75. Cf. Mc 1,24 par; 3,11; 5,7 par; Mt 12,22-23; 14,25-27.33; Lc 4,14 etc.

76. Cf. B.F. WESTCOTT, *o.c.*, 163; H. van den BUSSCHE, *o.c.*, 344.